

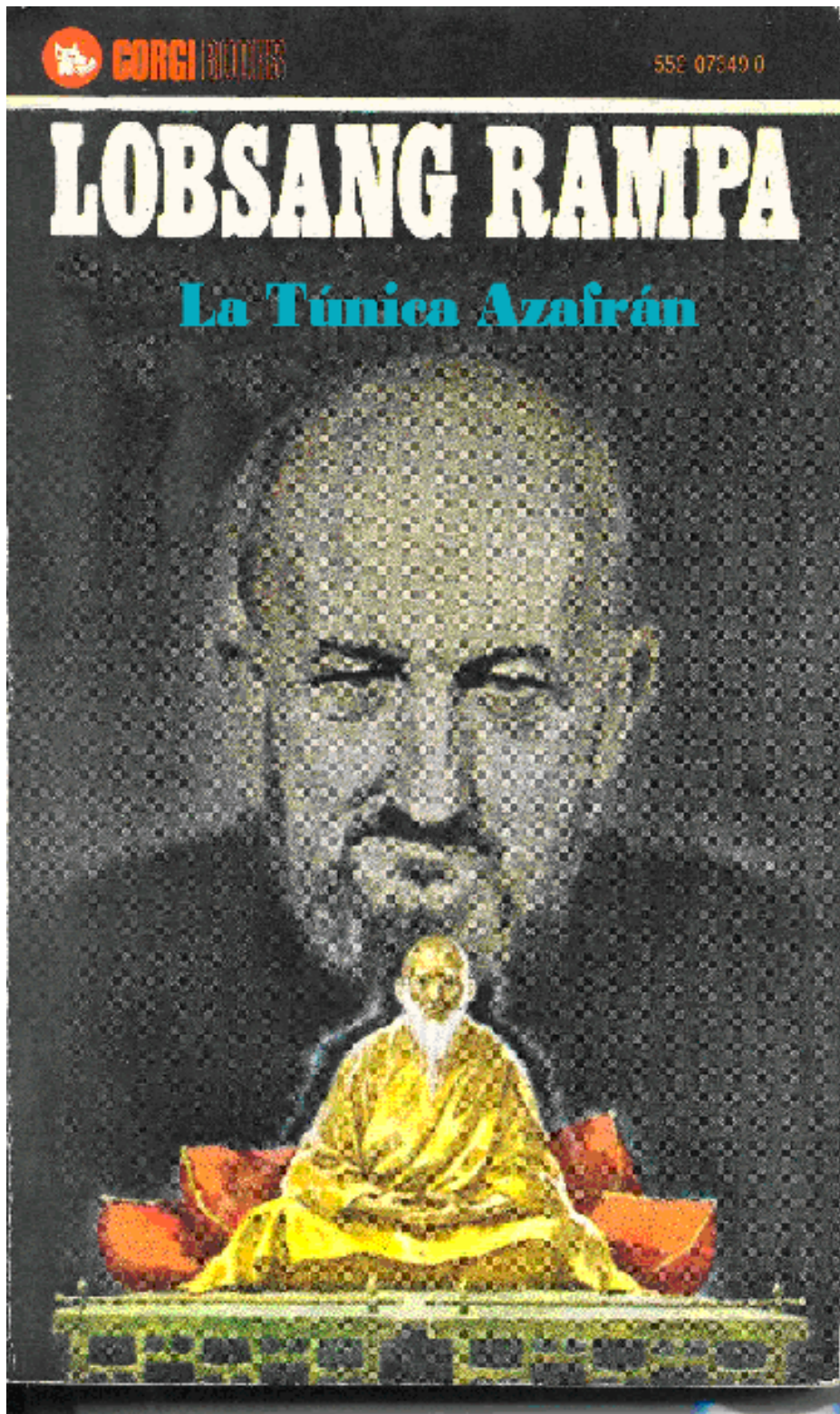


CORGI LIBRERIES

55€ 07549 0

LOBSANG RAMPA

La Túnica Azafrán



Capítulo uno

Extrañas sombras se rizaban ante mi distraída mirada ondulando en mi visión como policromos fantasmas de un mundo remoto y agradable. El agua moteada de sol estaba tranquila muy cerca de mi rostro.

Suavemente metí un brazo debajo de la superficie y contemplé las perezosas olitas que causó ese movimiento. Esforzando los ojos, miré las profundidades. Sí, aquella piedra grande y vieja, allí era donde él vivía... ¡y salía para saludarme! Perezosamente, pasé los dedos por los lados del pez ya inmóvil excepto por el ágil movimiento de las aletas, mientras se quedaba quieto junto a mi mano.

Él y yo éramos viejos amigos y con frecuencia iba a echarle comida al agua antes de acariciarle el cuerpo. Habíamos llegado a la completa comprensión que sólo logran los que no se temen. ¡Por entonces ni siquiera sabía yo que los peces eran comestibles! Los budistas no les quitan la vida a los otros ni les hacen sufrir.

Aspiré profundamente y metí la cara bajo la superficie, deseoso de mirar más de cerca aquel otro mundo. Allí me sentía como un dios contemplando una forma de vida muy diferente. En alguna corriente invisible ondulaban levemente altas frondas, y fuertes plantas acuáticas se erguían como los árboles gigantescos de un bosque. Un reguero arenoso serpenteaba bordeado por plantas verde-pálidas que semejabán mucho un césped bien atendido.

Pececillos multicolores de grandes cabezas pasaban raudos y se lanzaban por entre las plantas en su continua búsqueda de alimento y diversión. Un enorme caracol de agua descendía trabajosamente por una gran roca gris para realizar su tarea de limpiar la arena.

Pero estaban a punto de estallarme los pulmones; el cálido sol de mediodía me abrazaba el cuello por detrás y las ásperas piedras de la orilla me arañaban la carne. Lanzando una última mirada a mi alrededor me arrodillé y agradecidamente respiré hondo el fragante aire. Aquí, en MI mundo, las cosas eran muy diferentes que en el plácido mundo que yo había estado estudiando. Aquí dentro había remolinos; mucha inquietud. Doliéndome un poco de la herida, que se me iba cicatrizando en mi pierna izquierda, me puse en pie, apoyé la espalda contra un viejo árbol favorito mío y miré a mi alrededor.

El Norbu Linga era como una llamarada de color; el verde intenso de los sauces, el escarlata y oro del Templo de la Isla y el denso, densísimo azul del cielo realzado por el blanco puro de las deshilachadas nubes que llegaban veloces sobre las montañas de la India. Las tranquilas aguas del lago reflejaban y exageraban los colores y creaban un aire irreal cuando una brisa vagabunda rizaba el agua y hacía que el cuadro se emborronase al moverse las figuras. Todo esto era pacífico y, sin embargo, más allá del muro, como yo podía ver, las condiciones eran muy diferentes.

Monjes con hábitos rojizos pasaban llevando pilas de ropa para lavar. Otros estaban sentados junto al reluciente arroyo y retorcían las prendas para que se empaaran bien. Las cabezas afeitadas brillaban al sol y, a medida que avanzaba el día, se iban enrojeciendo. Pequeños acólitos, recién llegados a la lamasería, saltaban en un frenesí de excitación mientras golpeaban sus túnicas con grandes y suaves piedras para que pareciesen más viejas, más gastadas, y dando así la impresión de que quien la llevaba hacía más tiempo que había sido acólito.

De vez en cuando el sol reflejaba la luz en las doradas vestimentas de algunos augustos lamas que viajaban entre

el Potala y el Pargo Kaling. La mayoría de ellos eran hombres de venerable aspecto, que se habían hecho viejos al servicio del Templo. Otros, poquísimos, eran jóvenes y algunos de ellos Encarnaciones Reconocidas, mientras que otros habían progresado por sus propios medios.

De un lado a otro, pareciendo muy alertas y feroces, iban los vigilantes, corpulentos hombres de la provincia de Kham, encargados de la tarea de mantener la disciplina. Erguidos y voluminosos, llevaban enormes trancas como señal de su cargo. No eran intelectuales sino hombres íntegros de gran musculatura, elegidos sólo por ellos. Uno se me acercó y me miró con irritada curiosidad. Aunque tarde, me reconoció y se marchó en busca de culpables que merecieran su atención.

Detrás de mí la imponente masa del Potala —«el Hogar del Dios»—, una de las más gloriosas obras humanas, se elevaba hacia el cielo. La roca de múltiples matices relucía suavemente y enviaba muy diversos reflejos a las plácidas aguas. Por un efectismo de la mudable luz, las talladas y coloridas figuras de la base parecían dotadas de vida y que se movían como un grupo de personas en animada discusión. Grandes ramalazos de luz amarilla reflejados por las Tumbas Doradas en el tejado del Potala se movían rápidos y formaban animadas manchas en los rincones montañosos más oscuros.

Un súbito «zank» y el crujido de una rama me hizo prestar atención a esa nueva fuente de atracción. Un antiguo pájaro, más viejo que el mayor de los acólitos, se había posado en el árbol que estaba detrás de mí. Mirándome con ojos notablemente redondeados, dijo «¡cruaak!» y de pronto se volvió para atrás. Extendió toda la longitud de su cuerpo y violentamente agitó sus alas mientras lanzaba hacia mí, con extraordinarias fuerza y precisión, un «regalo» que yo no quería, aunque dando un desesperado salto a un lado, pude escapar de ser el blanco. El pájaro

se dio de nuevo la vuelta para mirarme otra vez, y dijo «¡cruaak! ¡cruaak!» antes de dejar de prestarme atención atraído por algo que le interesaba más en otra parte.

En la suave brisa llegaron los primeros débiles sonidos de un grupo, que se aproximaba, de mercaderes de la India. Los yaks protestaban de los intentos de sus conductores por darles prisa. Los asmáticos crujidos y chirridos de los viejos arreos de cuero, el arrastrar de muchos pies y el musical tintineo de los guijarros lanzados a los lados por el paso de la caravana. Pronto pude ver las pesadas bestias muy cargadas con exóticos bultos. Con grandes cuernos sobre sus peludas cejas los enormes animales caminaban levantándose y descendiendo con su lento e incansable paso. Los mercaderes, algunos de ellos con turbantes, otros con viejos gorros de piel y algunos con gastado tocado de fieltro.

—¡Limosnas, limosnas por amor de Dios! —gritaban los mendigos—. ¡Ah! —exclamaban mientras los comerciantes avanzaban insensibles—. ¡Vuestra madre es una vaca que se juntó con un jabalí, vuestra semilla es la de Sheitan, vuestras hermanas las venden en el mercado!

Raros olores me cosquilleaban en la nariz haciéndome respirar profundamente y luego estornudar con fuerza. Perfumes del corazón de la India, paquetes de té chino, polvo antiguo que se desprendía de los bultos que transportaban los yaks, todo ello traía su olor hacia mí. A lo lejos, se perdían el sonido de las campanillas de los yaks, las altas voces de los mercaderes y las imprecaciones de los mendigos. Pronto tendrían las damas de Lhasa acaudalados visitantes en sus puertas. Pronto los tenderos regatearían los precios que pedían los mercaderes; levantarían las cejas y elevarían la voz ante los precios inexplicablemente aumentados. Pronto tendría yo que volver al Potala.

Se me escapaba la atención. Ociosamente, contemplaba las abluciones de los monjes, dos de ellos a punto de pegarse porque uno había amenazado con lanzarle agua al otro. Actuaron rápidos los vigilantes y se llevaron a los dos monjes revoltosos, cada uno de ellos bien sujeto por uno de los «Guardianes de la Paz».

Pero, ¿qué era aquello? Mi mirada recorrió los matorrales. Dos diminutos y brillantes ojos me miraban inquietos casi a nivel del suelo. Dos orejitas grises se inclinaban hacia mí. Un cuerpo pequeñito estaba agazapado y dispuesto a lanzarse si yo hacía algún movimiento falso. Un ratoncito gris se preguntaba si le sería posible pasar entre mí y el lago a su regreso. Mientras yo lo miraba, se lanzó hacia delante sin dejar de mirarme. No debía de haberse preocupado; sin mirar por dónde iba tropezó de cabeza contra una rama caída y, con un agudo chillido de dolor, saltó con una patita en el aire. Había sido un salto lateral excesivo, pues cuando cayó perdió pie y fue a parar al lago. El pobrecillo no podía salir y estaba en peligro de que lo atrapara un pez cuando yo me metí hasta las rodillas en el agua y lo saqué.

Secándolo cuidadosamente con el extremo de mi túnica, volví a la orilla y dejé el tembloroso paquetito en el suelo. No tardó en desaparecer por la pequeña madriguera, sin duda agradecido de haber podido escapar. Por encima de mí el antiguo pájaro lanzó un burlón «¡cruaak!» y voló ruidosamente en dirección a Lhasa.

¿En dirección a Lhasa? ¡Eso me recordó que debía dirigirme al Potala! Sobre el muro del Norbu Linga los monjes se inclinaban observando la ropa puesta a secar sobre el suelo. Todo tenía que ser cuidadosamente vigilado antes de recogerlo; un Hermanito Escarabajo podía estarse paseando por la ropa y recoger las prendas significaría aplastar al Hermanito, un acto que haría temblar y palidecer a un sacerdote budista. Quizás un Gusanito se hubiera refugiado del sol bajo la ropa de un alto lama,

y el Gusanito tendría que ser puesto a salvo para que su destino no fuese alterado por el hombre. Los monjes se agachaban, miraban y suspiraban con alivio cuando una criaturita tras otra quedaba salvada de la muerte segura.

Paulatinamente, las pilas de ropa lavada crecían a medida que las preparaban para llevarlas al Potala. Los pequeños acólitos vacilaban cargados con grandes montones de ropa ya seca; algunos no podían ver pues les tapaba la vista el montón de ropa. Entonces surgía una súbita exclamación cuando alguno tropezaba y enviaba todo el montón al polvoriento suelo o incluso al barro de la orilla del río.

Desde lo alto del tejado llegaba el palpitar y el zumbido de las caracolas y de las grandes trompetas. Sonidos que producían ecos en las distantes montañas, así que, a veces, si las condiciones eran adecuadas, le rodeaban a uno vibraciones y los sonidos rebotaban en el pecho durante minutos. Entonces, de pronto, todo se quedaba tranquilo, tan tranquilo que se podían oír los latidos del corazón.

Salí de la sombra del árbol amigo y penetré por un hueco que había en la valla. Me temblaban las piernas; hacía algún tiempo había sufrido una grave quemadura en la pierna izquierda —no se me curó bien— y luego se me partieron las dos piernas cuando una fuerte racha de viento me arrancó del tejado del Potala y me arrojó rodando por la falda de la montaña. Así que cojeaba y durante algún tiempo me dispensaron de hacer mis trabajos caseros. Pero mi alegría por esa inactividad la estropearon haciéndome estudiar más «para que la deuda fuera saldada», según me informaron. Hoy, que era día de lavado, me dieron permiso para no trabajar y quedarme descansando en el Norbu Linga.

No podía regresar por la entrada principal, pues todos los altos lamas y abades estarían por allí. Ni podría utilizar los durísimos escalones que yo solía contar, «noventa y
14 ocho, noventa y nueve, cien, ciento uno...» Me estuve

junto a la carretera mientras pasaban por ella lamas, monjes y peregrinos. Luego hubo algún tiempo de calma y crucé la carretera, cojeando, para meterme entre los matorrales, subiendo a lo largo del precipicio en la falda de la montaña hasta dejar abajo el pueblo de Sh5 y tomé por el camino lateral entre los tribunales de Justicia y el Potala.

El camino era áspero pero hermoso con su profusión de pequeñas plantas entre rocas. El aire refrescaba y mis piernas empezaban a dolerme intolerablemente. Me recogí mi andrajosa túnica vieja y me senté sobre una roca conveniente para recuperar energía y aliento. En dirección a Lhasa podía ver pequeñas fogatas, pues los mercaderes acampaban al aire libre como solían hacer los indios en vez de quedarse en una de las hosterías. Más allá, hacia la derecha, veía el reluciente río que partía en su inmenso viaje hacia la bahía de Bengala.

—¡Ur-rorr, ur-rorr! —dijo una profunda voz de bajo, y una peluda cabeza tropezó contra mis rodillas—. ¡Ur-rorr, ur-rorr! —respondí amablemente. Tras un confuso movimiento un gran gato negro se plantó sobre mis piernas y acercó su cara a la mía—. ¡Honorable Puss Puss! —dije a través de la densa pelambreira—. Me estás ahogando con tus atenciones —le puse suavemente las manos sobre sus lomos y lo eché hacia atrás un poco para poderlo mirar bien. Unos grandes ojos azules, levemente bizcos, me miraban. Sus dientes eran tan blancos como las nubes que teníamos encima, y sus orejas, muy grandes, estaban alertas al menor sonido.

El Honorable Puss Puss era un viejo y valioso amigo. Con frecuencia nos reuníamos bajo algún arbusto protector y nos contábamos nuestros miedos, nuestras decepciones y todas las dificultades de nuestra penosa vida. Ahora me mostraba su afecto «amasando» sobre mí, abriendo y cerrando sus grandes pezuñas mientras ronroneaba cada vez más alto. Estuvimos allí juntos un rato y

luego, a la vez, decidimos que ya era hora de marcharse.

Mientras yo seguía esforzándome en la subida, haciéndome tropezar mis pobres piernas, el Honorable Puss Puss iba delante con el rabo muy tieso. De vez en cuando se metía entre las matas y cuando yo llegaba a donde él estaba, saltaba y se acercaba juguetón a mi túnica que hacía flamear el viento. —¡Vamos, vamos! —exclamé en una de esas ocasiones—. asta no es manera de comportarse el jefe de la Guardia de los Gatos. —Como contestación echaba hacia atrás sus orejas y subiéndose por delante de mi túnica llegaba a un hombro mío y desde allí se arrojaba de lado a unas matas.

Me divertían nuestros gatos. Los utilizábamos como guardias, pues un gato siamés adecuadamente entrenado es más feroz que cualquier perro. Reposaban, aparentemente dormidos, junto a los Objetos Sagrados. Si los peregrinos intentaban tocarlos o robarlos, esos gatos —siempre en parejas— los inmovilizaban amenazándoles la garganta. Eran FEROCES, y sin embargo yo podía hacer lo que quisiera con ellos y, como eran telepáticos, podíamos conversar sin dificultad.

Llegué a la entrada natural. El Honorable Puss Puss había llegado ya y enérgicamente arrancaba grandes astillas del poste de madera que había junto a la puerta. Cuando levanté el picaporte el gato empujó la puerta con su fuerte cabeza y desapareció en la humeante penumbra. Yo iba mucho más despacio.

Aquél era mi hogar temporal. Debido a las heridas de mi pierna me habían enviado de Chakpori al Potala. Ahora, al entrar en el corredor, me llegaban los familiares olores «a casa». El omnipresente aroma del incienso, los diferentes perfumes según el tiempo y la finalidad para los que ardían. El acre, rancio y punzante olor de la manteca de yak que empleábamos en nuestra lámpara, o para calentar pequeños cacharros como cazos,

y que utilizábamos para hacer escultura durante los días fríos. Era insistente. Por muy fuerte que frotásemos (¡y no frotábamos demasiado!), aquel aroma estaba siempre allí calándolo todo. Un olor mucho menos agradable era el de la porquería de yak que, cuando se secaba, usábamos para calentar las habitaciones de los ancianos y enfermos. Pero ahora avanzaba yo inseguro por el corredor dejando atrás las vacilantes lámparas de manteca que hacían aún más tétricos los muy sombríos corredores.

Otro «perfume» que siempre estaba presente en todas las lamaserías, un «perfume» tan familiar que no lo notaba uno, a menos que el hambre hubiera agudizado nuestras percepciones, era la «tsampa». Olor a cebada tostada, olor a té chino, olor a manteca caliente. Mezclándolos resulta la inevitable y eterna tsampa. Algunos tibetanos nunca han probado más alimento que la tsampa; desde que nacieron están habituados a ese sabor y es el último alimento que prueban. Es su comida, su bebida y su consuelo. Los mantiene durante los más duros trabajos manuales y les proporciona energía cerebral. Pero siempre he creído que suprime el interés sexual, de modo que el Tibet no tiene dificultad para ser un Estado de célibes, una tierra de monjes y con un nivel de nacimientos en constante disminución.

El hambre había agudizado MIS percepciones y así pude apreciar el aroma de la cebada tostada, la manteca caliente y el té chino prensado. Anduve cansadamente por el corredor y me volví hacia la izquierda cuando me llegó más fuerte el aroma. Allí, en grandes calderas de cobre, los monjes cocineros metían la cebada tostada en té hirviendo. Uno introducía varias libras de manteca de yak y la disolvía y otro echaba la sal que habían traído los de una tribu de los lagos de las tierras altas. Un cuarto monje, con un cucharón de diez pies de longitud, removía la mezcla. La caldera hervía, salían a la super-

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

